



Dirección de Prensa

**Discurso de S.E. la Presidenta de la República,
Michelle Bachelet Jeria, al asistir a la Ceremonia de Inauguración
de la Exposición “4 Premios Nacionales”**

Santiago, 25 de abril de 2017

Amigas y amigos:

Cuando Gabriela Mistral atravesó las ruinas de una Europa devastada por la guerra y llegó a Estocolmo en 1945 para recibir de manos del rey de Suecia el Premio Nobel de Literatura, se presentó a sí misma como “hija de la democracia chilena”.

Los cuatro Premios Nacionales de Artes Plásticas que nos convocan esta tarde aquí son, al igual que Mistral, Neruda, Nicanor y Violeta Parra, Roberto Matta o Marta Colvin, no sólo hijos, sino constructores de la democracia chilena.

Con sus avances y sus retrocesos, con sus instantes luminosos y sus tragedias sobrecogedoras, ellos han sido testigos y protagonistas de nuestra vida civil, y han puesto su arte al servicio de su pueblo en un sentido profundo, que va mucho más allá del compromiso político o social de un momento, para hacerse uno con la historia de Chile y su gente.

Nos han permitido, cada uno en su estilo y manera, imaginar un futuro distinto, más luminoso, más libre y más feliz. Nos han permitido guarecernos en su creación, aún en la noche oscura de pesadillas, buscando la insolente luz del sueño que resiste.

Nos han acompañado con su creación en años difíciles de nuestra convivencia, dando testimonio de la feroz dictadura que se abatió



Dirección de Prensa

sobre nuestra patria, ayudando a retratarla, a relatarla y a combatirla con las herramientas que tenían a su alcance.

Nos han hecho interrogarnos sobre los espacios de lo cotidiano, sobre la maternidad, sobre el papel del arte en una sociedad en transformación, sobre los alcances de la plástica en un mundo donde la guerra, la muerte, el hambre y la injusticia siguen siendo realidades brutales para millones de seres humanos.

Porque aunque José Balmes, Gracia Barrios, Roser Bru y Guillermo Núñez son, en primer término, chilenos y chilenas viscerales, han sido también ciudadanos de una época, conectados con las grandes luchas y las grandes tendencias de su tiempo.

Supieron vivir y crear con los ojos abiertos, mirando al mundo que les tocó de frente y con la mirada despejada, sabiendo que no podían encerrarse en sus talleres, por muy intimista que fuera su gesto, por muy cotidianas que llegaran a ser sus preocupaciones.

Esta muestra que los reúne —y que agradecemos al Museo Nacional de Bellas Artes, a Inés Ortega Márquez, a Marcelo Aravena y por cierto, a los propios artistas, sus familias; y, sin duda, todos aquellos que han facilitado las obras— quizá tiende a relevar la mirada del conjunto sobre sus obras, pero también hace posible entenderlos en sus particularidades, en su irrenunciable identidad.

A Pepe Balmes lo despedimos en estos mismos salones hace sólo unos meses, poco antes de que cumpliera 90 años. Noventa años bien vividos y pintados, porque como él mismo dijo, muchas veces, siempre supo que sería pintor, y lo fue hasta el último de sus días.

Y como yo señalé yo en esa ocasión, fue un hombre sobre todo generoso, un artista tenaz, un formador de varias generaciones de artistas, y el creador de una obra inconfundible, siempre atenta a las vibraciones de la actualidad pero conectada muy hondamente con el conjunto de la historia del arte.



Dirección de Prensa

Gracia Barrios y Roser Bru supieron imponerse, calladamente, casi sin querer, en un mundo que cuando empezaron a pintar era —y quizá lo sigue siendo— eminentemente masculino. Y lo hicieron con gracia, con talento innegable, pero desmarcándose al mismo tiempo de las preocupaciones más grandilocuentes de sus colegas hombres, prestando atención a los pequeños detalles cotidianos, a las variaciones de la luz sobre los objetos o sobre las figuras humanas, a esos “pequeños ritos con que se ordena la vida” de los que nos habla Adriana Valdés en el catálogo de esta exposición.

No quisiera que ustedes perciban una injusticia al hablar de ellas, de Gracia y Roser, en plural. Al contrario, esperarí­a que notasen la potencia de estas dos mujeres, cuyo legado, más allá del Premio Nacional y de los muchísimos reconocimientos recibidos ya desde el inicio de sus carreras, es haber inscrito sus nombres sin sombra de duda en el ADN de nuestro arte, ganándose un espacio que nadie nunca ya podrá disputarles, y abriendo camino para nuevas generaciones de mujeres artistas.

A Guillermo Núñez le tocó vivir la experiencia terrible de la tortura, para luego ser testigo de cómo las obras creadas a partir de su detención eran consideradas “ofensivas” por la dictadura. Si recuerdo este hecho, que nos habla sobre el coraje civil de Guillermo, es porque muestra, precisamente, el poder del arte en tiempos convulsos: las jaulas de esa muestra clausurada a pocas horas de su inauguración decían tanto o más que cientos de afiches de denuncia de los atropellos cometidos contra los chilenos y chilenas. Afiches a los que ninguno de los artistas que hoy nos reúnen renunció en su momento, por supuesto, agregando belleza al compromiso con la democracia y los derechos humanos.

Porque ninguno de ellos renunció, jamás, al poder subversivo y sobrecogedor del arte para denunciar el terror y la violencia, pero también para alumbrar en todo su esplendor los porfiados bastiones



Dirección de Prensa

de la resistencia humana a pesar de ese dolor, para nombrar la dignidad, la esperanza y la unidad por su nombre.

Amigas y amigos:

Como Presidenta de Chile, agradezco esta muestra, esta mirada de conjunto sobre la obra de cuatro creadores excepcionales, de cuatro artistas hondamente compenetrados con la patria que los vio nacer, los acogió, los hizo suyos.

Y sé bien que miles de hombres y mujeres, de niños y jóvenes, disfrutarán de esta exposición, contemplarán Chile desde un nuevo vértice, se asombrarán de lo que hemos sido y vivido, y se encontrarán con las honduras de una patria que se hizo arte en sus lienzos y de un arte que jamás dejó de beber en el cauce humano y profundo de su patria.

Muchas gracias.

Santiago, 25 de abril de 2017
LFS